

AQUÍ*

ALEJANDRO ROSSI

Me preguntan por qué vine a la Ciudad de México. Hay una respuesta más o menos canónica que utilizo oficialmente. Sucede que estaba yo entonces (1950) en los Estados Unidos y frecuentaba en Los Ángeles determinados cursos universitarios de una manera más o menos informal, quiero decir más de búsqueda que de carrera académica ya establecida. Oscilaba yo entre la filología y la filosofía, así como en mis primeros renglones me inclinaba a veces por ciertos silencios azorinosos y a veces por el deseo de que todo hablara, a la manera de Gómez de la Serna. Era, sobre todo, un muchacho que quería desesperadamente arraigarse en una lengua. Esto último exige un mínimo de explicación. Nacido en Florencia, de padre italiano y madre venezolana, mi infancia se repartió, para decirlo de la manera más breve, entre varios países —Italia, algunas vacaciones largas en Caracas, Buenos Aires— y esencialmente entre las dos lenguas que me acompañan desde que guardo memoria. El español, sin embargo, llevaba, en aquellas fechas de decisiones, cierta delantera por haber cursado el bachillerato en Argentina y, más que nada, porque era el instrumento de mis tanteos literarios. Quería, pues, continuar mis estudios en castellano y me rehusaba a volver a Florencia, al ámbito paterno. La Facultad de Filosofía en Buenos Aires había sido desmantelada por el peronismo, la de Caracas —pensaba yo— era aún muy joven y el

franquismo excluía Madrid, que en otro momento hubiera sido el sitio más natural para una persona tan desgajada, ya desde entonces, como yo. Vicente Gaos —con quien seguí, en la Universidad de California, un memorable curso sobre la poesía de Bécquer— fue el primero en hablarme de México. Así me fui enterando de la existencia de José Gaos en filosofía y de Raimundo Lida en filología. Pero, además, de todo un ambiente compuesto por mexicanos, españoles e hispanoamericanos. Una zona de refugio que convertía a Mascarones, como se le llamaba a la Facultad de Filosofía y Letras, en una de las primerísimas en el mundo de lengua española. Lo era y hay que reconocerlo sin reticencias. Llegué, pues, a la Ciudad de México como un estudiante solitario, un adolescente de dieciocho años en busca de un idioma. No conocía, en efecto, a nadie, y el país me era ajeno en todo. Me instalé durante varios meses en el Hotel Regis, hoy destruido por el terremoto. Había allí, en esa época, una cafetería de moda entre periodistas y gente del espectáculo, un poco vulgarona, pero animada. Recuerdo una noche en la que estaba yo cenando en la barra y se me sentó al lado un tipo joven que comenzó a hablar conmigo. Trabajaba previsiblemente en un periódico, según contó en un tono de excesiva heroicidad. De pronto, mientras yo comía una lechuga sombría, me dijo, como si fuese un desafío: "Mire usted, si me dieran a elegir entre escribir las *Rimas* de Bécquer (¡otra vez Bécquer!) y unas buenas nalgas, yo me quedaba con las nalgas". Fue mi primer examen en México. Quizá había allí una lección que no supe apreciar. ¿Cómo era la Ciudad? Entre noble y rústica, antigua y pobretona, con una modernidad incipiente de muy mal gusto. El Valle, sin embargo, era una gloria natural, un clima perfecto y un otoño dorado de un erotismo insuperable. Tampoco olvido, al salir de la Facultad, los mal alumbrados puestos de carnitas, mezcla prehistórica de olores, vísceras y husmeantes perros famélicos, las ostionerías ruidosas y, más adelante, caminando por la Ribera de San Cosme hacia Puente de Alvarado, las librerías de viejo, cuevas de la imaginación. ¿Por

* Hace ocho años publiqué este texto en *El Paseante*, la tan luciente revista española. Lo reproduzco ahora porque en el último número de *Vuelta* Gabriel Zaid publicó un lindo artículo sobre su llegada a la Ciudad de México, la cual coincide, en las fechas, más o menos con la mía. Pensé que tal vez sería interesante el contraste.

Al releerme advierto un cierto fatalismo que por fortuna (?) se ha atenuado. Aún detesto el ruido y por desgracia las humedades aparecen en mi estudio con una periodicidad indignante. Se las debo, lo sé muy bien, a un pésimo arquitecto, pero a la vez quisiera interpretarlas como mensajes marinos. ¿Pido demasiado?

qué me gustaba? Porque era, aún lo es, una ciudad muy generosa, poco jerárquica, comprensiva con el abandonado. Una ciudad que sabe aceptar a las almas perdidas.

¿Qué me retiene en la Ciudad de México? La pregunta supone que podría irme cuando lo deseara, como si el extranjero tuviese una permanente capacidad de desarraigo y de libertad. Me temo que esto es falso. No sólo por razones de recursos económicos, sino porque aquí, en la Ciudad de México, se ha desenvuelto mi vida. Aquí estudié, aquí me casé, aquí tuve hijos, aquí trabajé, aquí se formaron las amistades duraderas. Estoy, pues, esencialmente unido a la ciudad. Vine por poco tiempo —no soy ni un emigrante ni un refugiado político— y me quedé en ella y ya no tengo otra casa, otro puerto adonde volver. Suena pomposo, aunque en verdad no es trágico. Lo cual significa, me doy cuenta, que la ciudad es en parte mía, que la quiero sin alabanzas bobas, que soy aún capaz de reconocer que algunas de sus calles son las más feas del mundo.

Por supuesto que, como cualquier hijo de veci-

no, sueño con otras ciudades. Pero cuando soy levemente honesto me digo: ¿sería ya capaz de vivir en ellas? Esto es, ¿podría vivir a las alturas de mis cincuenta y siete años, en una ciudad divorciada de mi historia personal? No lo sé, tal vez la vejez sea una progresiva distracción del mundo. En efecto, cada vez me importa menos la realidad exterior. Soy un ciudadano que quisiera que lo dejaran en paz, que los vecinos no hagan ruido, que no aparezcan humedades en mi casa. Ideales modestos, porque estoy seguro de que mi salvación está en el silencio y en la defensa de la intimidad. Lo que ya nunca tendré con la Ciudad de México —nuestra separación fatal— es la complicidad de la primera infancia, la de los olores y sabores. ¿Qué es, en suma, lo que más me agrada de la ciudad actual? Permítanme una brevísima selección: cierto color del aire en los meses invernales, el sonido nocturno de los inútiles vigilantes, el llamado de los afiladores, las bandas musicales pueblerinas que a veces recorren mi barrio, la algarabía de mis hijos y el cuchicheo de mis amigos. ¿No es suficiente? <

